

III.

LAS DOS ARTISTAS.

Julia estaba enferma y pálida.

Desde la noche en que había sido tan cruelmente maltratada por su marido, su espíritu se acobardó, de modo que la luz la asustaba, y se aterraba de tener que vivir y que pensar.

Este es el efecto que producen los grandes dolores: la razón es débil contra ellos, y el corazón estrecho para contenerlos.

No era sólo el corazón de Julia lo que había sufrido hondas y profundas heridas: estaba también ultrajado su amor propio: parecía que su dignidad de mujer había desaparecido y que jamás podría rehabilitarse á sus ojos.

El esfuerzo supremo que hizo para disimular su injuria en presencia de Natalia había agotado sus fuerzas: así que aquella desapareció con Adelina cayó yerta, helada, casi exánime, sobre un asiento, y en él la halló la aurora sin voz y sin color.

Tenía los ojos abiertos y no veía: su respiración parecía haberse suspendido: no lloraba, no se quejaba: la

mancha morada que el puño de hierro de su marido había estampado en su rostro se extendía en su frente llegando hasta el ojo, y cubría una parte de su mejilla: su cuello estaba doblado; su cabeza, caída sobre el pecho.

Sólo Dios pudiera decir, si alguna vez abriese para nosotros su boca soberana, lo que pasó en aquella pobre alma sumergida en las tinieblas del dolor durante las largas horas de aquella noche terrible.

El día se pasó del mismo modo. Julia permaneció inmóvil y como muerta: la mancha negra, que cada instante se extendía más sobre su rostro, inundaba también su alma.

Natalia y Adelina habían salido por la mañana y á cosa de las siete: la niña no quiso dejar aquella casa sin abrazar á la esposa de su hermano: entró, y creyéndola dormida, se acercó y la besó en la herida frente: sólo al levantar la cabeza observó el estrago doloroso que hizo la mano de Diego.

La pobre Julia estaba helada. Adelina la llamó, y no oyó su voz: la movió suavemente, y cayó inerte sobre el respaldo de su asiento: entonces salió y contó á su hermana lo que ocurría.

—No la incomodes, le dijo Natalia, y vámonos; y como viese lágrimas en los ojos de Adelina, la sacó de la habitación y de la casa.

Julia, pues, quedó sola; pero no se apercibió de ello, y permaneció toda la mañana en la misma postura.

A eso de las tres llamaron, pero creyó que soñaba; no obstante, después de repetirse dos ó tres veces los cam-

panillazos, se abrió la puerta y vió entrar, en donde se hallaba, á dos personas.

Era Mr. Picard, que llegaba acompañando á madame Merval, segun habia dicho, para presentársela á Julia, á fin de que se hicieran amigas y se inspirase la una en las obras de la otra.

Vista la inutilidad de sus campanillazos, se le ocurrió que la portera podia tener llavin, como sucede á veces en las casas en que no hay criados.

No se equivocó: la portera tenía llavin, y gracias á él, abrió la puerta y pudo entrar.

Al oír el acento fuerte de Mr. Picard, volvió en sí Julia por ese instinto de pudor tan poderoso en la mujer, y levantándose, quiso salir á recibirle; pero anduvo sólo dos pasos y volvió á caer sobre su asiento.

Mr. Picard dió dos vueltas por la sala con su grosería habitual, y oyendo decir á Julia, por un esfuerzo supremo de su voluntad, que habia dado una gran caída y que se sentia muy mal, se marchó, diciéndole que allí le dejaba á Mme. Merval, su vecina, que le haria un rato de compañía.

Clemencia se sentó al lado de Mme. Blanfort, le tomó las manos y le rogó dulcemente que le dijese lo que sentia: Julia repitió que se habia caído desde una silla; pero, al decir esto, sus ojos se llenaron de lágrimas y su corazón se alivió algun tanto del peso que le oprimia.

Clemencia le suplicó que le permitiese cuidarla, y con una actividad prodigiosa encendió lumbre y calentó el lecho de Julia, acostándola en seguida.

Pocos instantes despues cesaba el espasmo nervioso

de la desgraciada jóven: sus miembros perdieron algo de su espantosa rigidez y cobraron un poco del calor de la vida: Clemencia llamó á la portera y le encargó que fuera al instante á buscar un médico. Este no tardó en llegar, prescribiendo un tratamiento severo para Julia, que empezaba á delirar por la reaccion natural en las afecciones morales.

Su atroz contusion fué lavada con agua vegetal, curada y vendada por la ligera y amorosa mano de Clemencia.

Por la noche, Julia, algo más tranquila, abrió los ojos y se incorporó en el lecho: á la cabecera estaba sentada Clemencia: á los piés, su padre: la jóven habia cerrado los párpados sola en toda la tierra, y los abría rodeada de amigos.

El anciano fué el primero que tomó la palabra: se acercó al lecho con una timidez llena de candor, como si le avergonzára su caridad y la de su hija, y preguntó á la enferma:

—¿Cómo se siente V., hija mia?

—Mucho más aliviada, señor, contestó Julia, y luego añadió:

—¿Cómo podré yo pagar lo que hacen ustedes por mí?

—Querida niña, ¿no es un deber de cristianos ayudarnos los unos á los otros? La Providencia ha traído aquí á mi hija cuando podia serle útil: tanto mejor: otra vez hará V. algo por nosotros; pero ahora me voy, porque ya es hora que V. descanse. Clemencia queda aquí al lado de V., hasta mañana muy temprano.

El anciano salió con la ayuda de la portera, y las dos jóvenes quedaron solas: entonces Julia se arrojó llorando en los brazos de Mme. Merval.

— Llore V., llore, amiga mía, dijo ésta con cariño: el llanto la aliviará: yo sé lo que son los dolores del alma.

— ¡Oh, sí, necesito llorar! exclamó Julia, porque, como V. sabrá ya, es muy grande mi desgracia: ¿para qué he de ocultarle nada? ¿no habré yo revelado en mi delirio toda la extensión de ella?

Julia, diciendo estas palabras y á través de sus lágrimas, miraba ansiosamente á Mme. Merval; pero ésta no sabía mentir, y su silencio, no ménos que la expresión de su rostro, dijeron á la pobre esposa que nada ignoraba ya.

— ¡Oh, amiga mía, le amaba tanto! exclamó Julia ahogada por los sollozos y volviendo á dejar caer su dolorida cabeza en el seno de Clemencia: yo no tenía más que á él sobre la tierra, y ahora me parece que estoy sola y abandonada de todos.

— ¿No soy yo nada para V.? preguntó Clemencia.

— ¡Oh, sí, áun debo dar gracias á Dios porque me concede una noble y generosa amiga!

Todo el resto de aquella noche se pasó haciéndose mutuas confianzas las dos amigas: no hay lazo más fuerte que el que forma el dolor, y al amanecer ya se querían las dos jóvenes con ese cariño íntimo y profundo que sólo se apaga con la vida.

Julia había confiado todos sus pesares de seis años á Mme. Merval, sus decepciones en la vida conyugal, sus

secretas amarguras y todos los dolores de los últimos meses.

Clemencia le había referido á su vez cómo Luis Merval, modesto empleado en un Ministerio, había sido su primero y único amor: cómo se había casado con él á los diez y siete años: lo dichosa que había sido entre su esposo y su padre: cuánto Luis había ilustrado su talento con la superioridad del suyo: cómo la animaba á hacer versos para él, y con cuánto calor y entusiasmo los aplaudía.

Cuando llegó á la época en que, despues de dos años de casada, perdió á su esposo, las lágrimas corrieron también por sus mejillas.

— Otros dos años hace, prosiguió despues, que he perdido á Luis, y ni un solo día he dejado de llorarle así, ni una sola noche de conversar con su noble alma por medio de algunas horas de fervorosa oración!

— ¡Ah! exclamó Julia; dichosa V., amiga mía, que tiene en el cielo su amor, puro, fiel y exento de decepciones! El mio ha muerto entre el lodo de la tierra, y mil veces quisiera mejor llorar muerto á Diego que llorarle degradado y perdido para mí!

— No es aún muy desgraciada la que alimenta esos pensamientos egoistas, repuso Clemencia con un acento en el que había una severidad, de la que no se la hubiera creído capaz, y que dejó absorta á Julia: no, continuó: no ha sufrido V. aún lo bastante para depurar su alma. ¡Acaso hay algo comparable al *no ser* de la persona que nos es más amada sobre la tierra! ¡Ojalá que la muerte de Luis hubiera sido sólo un sueño penoso, y

Dios me lo diese culpable y aun envilecido! La nada es lo único que no se atrae, ni con el amor ni con el sacrificio! ¡El alma puede regenerarse por mil medios que Dios tiene en su mano! La desgracia ¿no es un auxiliar para los que esperan? ¿No puede su marido de V. volver en busca de su hogar y de su esposa, desengañado y lleno de fatiga, como el peregrino que ha cruzado el árido desierto soñando un tesoro imaginario, y vuelve con los piés heridos en busca de la campiña donde fué dichoso en otro tiempo? ¡Ah Julia, una sola dicha he envidiado en el mundo, la dicha de perdonar, que es la que más nos aproxima á Dios!

Al hablar así, la frente de Clemencia radiaba con una inspiracion sublime: brillaban sus ojos, y sus labios sonreían con una expresion grave y tierna como sus palabras y como el eco de su voz.

Julia no respondió nada: aquellas frases penetraban en su corazon como el bálsamo de la esperanza: vió que aún le era posible perdonar, y esta idea, que habia brotado de la ardiente palabra de Clemencia, la consoló de su amargo y desolado dolor.

Sin embargo, su salud, que venía quebrantándose desde hacía largo tiempo, acababa de sufrir un golpe terrible: la enfermedad la postró, y durante muchos dias Mme. Merval la consoló y la cuidó como la hermana mas afectuosa y más tierna.

Puede suponerse que la amistad echaria hondas raíces en aquellas dos mujeres, ambas jóvenes, bellas y verdaderamente artistas. El talento no ha tenido jamas envidia del talento; porque ¿cómo se ha de envidiar uno á

sí mismo? Se ven muchas veces dos personas igualmente aplaudidas en sociedad, y que se aborrecen, dando esto lugar á que se diga que la emulacion no tolera semejantes; pero observando con cuidado á estas dos personas, sobre todo si son mujeres, se verá que la envidia sólo existe en el alma de la una, que la animadversion de la otra es desprecio, y por lo mismo, que no hay igualdad entre sus respectivos méritos, y que es mucho más sobresaliente el de la que desprecia que el de la que envidia.

No podia suceder esto entre las dos artistas: aunque hubieran rendido culto al mismo arte, las hubiera unido esa tierna simpatía que reposa, más que en nada, en la estimacion recíproca de las bellas cualidades del alma: las dos jóvenes se comprendían, y esto bastaba.

Julia habia gastado en su enfermedad, no sólo los dos mil francos que habia tomado adelantados por su cuadro, sino las pequeñas cantidades que su amiga le habia llevado por dos ó tres veces; este dinero no procedía de Clemencia: su vecino D. Fernando le decia algunas veces:

— ¿Cómo sigue la vecina?

— Un poco mejor, respondía Clemencia.

— ¿Y cómo se halla de numerario?

— Bastante mal: ahora siento por la primera vez de mi vida que mi padre y yo seamos tan pobres.

— Toma este poco de dinero, hija mia, y no le digas quién te lo ha dado: es tan mezquina la suma, que no merece que se nombre.

Julia, así que pudo levantarse, se ocupó asiduamente

de su cuadro, pero podía trabajar durante muy poco rato: estaba tan débil y abatida, á pesar de los consuelos de su amiga, que todos sus esfuerzos no le prestaban fortaleza alguna.

Amaba á su marido á pesar suyo: era una de esas pasiones, únicas y exclusivas, que no se pueden arrancar del corazón, y que más crecen cuanto están más contrariadas: quizá aquel amor se hubiera debilitado algo si hubiera sido feliz. Un día le dijo Clemencia:

— Mi querida Julia, un jóven que se llama Rafael de Montalvan, español y pintor, ha venido todos los días á preguntar por tí.

Las dos amigas se hablaban de tú, como si hubieran sido dos hermanas. Julia hizo un gesto de triste indiferencia: todo lo que no concernia al origen de sus penas tenía para ella muy escasa importancia. Clemencia prosiguió:

— Y no solamente ha venido todos los días, sino que despues de hallarte ya mejor, cuando yo volvía por las noches á mi casa, le veía parado en la acera y mirando á tu ventana, á través de cuyos cristales brillaba la débil luz de tu lamparilla. ¿Te ama ese jóven, Julia?

— Creo que sí, respondió tranquilamente la artista: al ménos, debía haberse casado conmigo, segun la voluntad de su padre, que fué mi maestro de pintura.

— ¿Le recibías ántes en tu casa?

— Sólo ha estado en ella una vez.

— Querida mia, dijo Clemencia con la dulce firmeza que le era habitual, debo advertirte que las exterioridades de ese jóven te pueden perjudicar en el ánimo de tu

marido, é impedir quizá una mudanza favorable en tu suerte.

— ¡Ojalá que yo pudiera amarle! suspiró Julia. ¿Acaso debo algo á la memoria del hombre que tan indignamente ha podido abandonarme, llevado de una envidia feroz?

— Ese hombre es tu esposo: llevas su apellido, y todos los sacrificios de Rafael, por mucho que te ame, no te traerían la paz de la conciencia que te deja tu dolor presente: es inútil buscar consuelos culpables para las grandes penas, Julia mia. Dios, supremo consolador de todos los dolores, no escucha nunca más que los gemidos de los corazones puros, y en tanto conserves en el tuyo un poco de amor á tu marido, no serás enteramente desventurada.